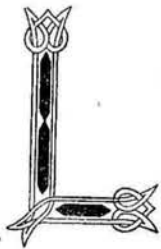


SAN PEDRO DE CARDEÑA



AS huestes del Cid duermen. El, solo, vela en su tienda y está tan sumido en sus pensamientos que ni siquiera oye cuando Martín Antolínez entra.

—Aquí estoy, Campeador; cumplí tu encargo y te traigo los dos mil florines. Los buenos judíos me dieron cien de regalo, por haberles llevado el negocio.

—Ven a mis brazos, Martín, fiel vasallo y grande amigo. Ya tenemos dinero para empezar nuestras campañas. Ahora manda levantar el campo y recoger las tiendas.

—Hay que partir aprisa.

—Partamos. Quiero que en San Pedro de Cardeña nos coja el cantar del gallo.

—Mío Cid, que en buen hora naciste, quisiera volver a mi casa para hablar con mi esposa de lo que todos los míos harán durante mi ausencia. Si el rey confisca mis bienes, poco me importará. Al alba os alcanzaré en Cardeña.

—Está bien, Martín Antolínez; partid a Burgos y decid antes a los otros caballeros que todos los que quie-

V. HUIDOBRO

ran ir a ver sus casas y dejar órdenes para el tiempo que se alejan, hagan como vos. Yo os esperaré en Cardeña hasta que rompa el sol.

Espolea el Cid su caballo y con todos los suyos cabalga a mucha prisa.

Grupos de gentes se asoman en los alrededores de la ciudad, mirando, acaso por última vez, a los que arroja la ira del rey, y en la noche clara los jinetes que se alejan ven bultos confusos que levantan las manos diciendo adiós.

Babiaca, vuelve la cabeza hacia Burgos y relincha lleno de luna.

Galopan, galopan. Resuenan los cascos de los caballos, sembrando estrellas épicas en el camino.

Una corneja pasa volando a la izquierda.

Ya apenas se oye muy lejos el ruido del galope. El eco quisiera conservar ese ruido y transmitirlo en herencia al futuro.

Pronto va a amanecer. Un ruiseñor se deshace cantando. Saca de su pecho cálido todo lo mejor que sabe de memoria, para el Cid, llorando al desterrado en un largo romancero, prolongando sus escalas en la noche que se estremece de dolor. En este momento ese pequeño ruiseñor representa a España, mejor que nada. El es Castilla, que no puede manifestarse de otro modo. El alma castellana se exhala por su garganta, miles de corazones lloran en sus trémolos. España se deja caer desde su pico en bendiciones y adioses sobre su Campeador.

Al frente de las huestes brota de la noche San Pedro de Cardeña, y junto con la ciudad brota el alba. Los caballeros apuran el paso bajo una cosa informe que se lava en el cielo.

Los hombres se sienten frescos como árboles. Los

pechos se llenan de trinos. El alba es el altar de los pájaros que suben al cielo en busca de Dios antes que las hostias.

Durante un minuto todo el universo es una algarabía de trinos. Sube y baja la vida en millones de escalas, se enreda el mundo en infinitas redes de acordes y pasa la Tierra rodando sobre su elipse entre arcos de canciones.

De pronto se hace el silencio, todos los pechos alados se callan de común acuerdo, dominan su fiebre. Es el instante que aprovechan los gallos. Se golpean el vientre, llenos de preparativos y cantan para despertar al sol.

Antes que el sol les obedezca, Mío Cid llega frente a la abadía de San Pedro y salta de su caballo.

Llama a la puerta. Adentro se oye un murmullo de maitines que se corta. Los monjes adivinan que el Cid ha llegado y salen al patio con luces y con candelas.

El abad don Sancho se adelanta al atrio.

—Gracias a Dios que llegáis, Mío Cid—dice el abad—; puesto que estáis aquí, por mí seréis hospedado.

—Estoy muy contento de vos, don Sancho; aquí prepararé mi comida y la de mis vasallos.

—En esta casa vos mandáis, mi señor Ruy Díaz.

—Padre abad, en esta abadía que fué fundada por mis abuelos y que está exenta de tributo al rey; en esta abadía en donde están enterrados mis padres, dejaré bajo vuestra custodia a mi mujer y a mis hijas. Las dejo a vuestro amparo hasta que vuelva vencedor o hasta que yo las llame; y si muero, quedan encomendadas a vos y a la abadía mientras ellas vivan. Hoy que salgo de estas tierras os daré cincuenta marcos; pronto os enviaré el doble, pues no quiero que el monasterio sufra por mí gasto alguno. Para mi esposa Jimena, sus hijas y sus damas, os dejo cien marcos. Si ese dinero se acaba, dadles

V. HUIDOBRO

lo que necesiten; así, don Sancho, os lo mando. Por cada marco que gastéis en ellas, daré cuatro al convento.

—Se hará como habéis ordenado.

En el fondo de los corredores aparece doña Jimena con sus dos hijas. A cada una de las niñas las trae en brazos una dama.

El Cid corre hacia ellas. Doña Jimena se echa en sus brazos llorando:

—¡Ah! Mío Cid, Mío Cid, por intrigas de malsines salís desterrado del reino.

—Jimena, mi esposa honrada y bendita, os amo como al alma mía. Viviendo los dos, tendremos que separarnos; pero antes de muy poco tiempo, con la ayuda de Dios y de la Virgen Santa, hemos de juntarnos otra vez, y con estas manos podré casar a mis hijas y a vos serviros hasta mi muerte.

El Cid la estrecha contra su corazón, coge en brazos a sus dos pequeñas y las besa, las besa y las contempla incansablemente. Siempre se mira poco lo que se ama.

En el gran comedor, entre doña Jimena y sus hijas, frente al abad don Sancho, almuerza el Cid Campeador su último almuerzo en Castilla, su último almuerzo en familia.

Afuera sirven a sus vasallos.

La noticia del destierro se ha esparcido de tal modo, que muchos otros caballeros van llegando a juntarse con los que parten. Llegan grupos de guerreros por todos los caminos, de todas las ciudades.

Martín Antolínez llega con ciento quince soldados. ¡Cómo van engrosando las filas del Cid!

¡Cuántos dejan su casa, su tierra o su posesión por seguirlo hasta la muerte!

Terminado el almuerzo matinal, el Cid con doña Ji-

mena, sus hijas y el abad pasan un instante a la iglesia. Rezan fervorosamente, con una bella piedad de piedra, antes de separarse.

De rodillas a la izquierda del altar, reza doña Jimena, con sus ojos de Edad Media iluminados de más allá: "Señor Jesucristo, tú que eres guía de todos, guíame al Campeador, líbralo de todo mal, y si hoy nos separamos, vivos vuélvenos a juntar."

Arrodillado a la derecha del altar, reza el Cid con sus ojos de guerrero resplandecientes de armaduras de fe: "Señor Jesucristo, tú que eres guarda de todos, guárdame a Jimena y a mis hijas, líbralas de todo mal y a todos vivos vuélvenos a juntar."

Entre el padre y la madre, las dos chicas con sus sonrisas de fruta lechosa piden al cielo por el padre que se aleja, rezan a Dios por su Rigo, en un idioma de pájaro y flor.

Detrás el abad don Sancho reza en latín.

Alvar Fáñez de Minaya irrumpe en la iglesia y acercándose al Campeador:

—Ya es tarde, buen Cid—le dice—. ¿Olvidáis el plazo que os han señalado? Pensemos en ir andando. Los duelos de hoy muy pronto en gozo se tornarán.

Salen todos del templo. Afuera los caballos aguardan impacientes. Un caballero trae a Babieca por la brida; al ver al Cid el buen potro mueve la cabeza más contento que una cola de perro.

El Campeador estrecha a sus hijas y a doña Jimena. Los cuatro forman un nudo de separación y abrazos. Doña Jimena le besa las manos y no sabe más que llorar y llorar. No puede hablar, pero cada lágrima encierra una palabra de amor cristalina y su llanto forma largas

V. HUIDOBRO

frases dolorosas que caen transparentes de sus ojos y que el Cid lee enternecido hasta el límite de la ternura.

Tampoco él habla y nadie habla en torno. El dolor los separa del mundo, los hace un grupo aislado en medio de esta página de adiós.

Cuando el Cid de repente se desprende de los suyos, su rostro se contrae, se estremecen sus nervios, como si acabara de cortar de un golpe las adherencias de un miembro ensangrentado.

Salta sobre su caballo, atolondrado, inhábil, aturcido:

—Adiós, adiós; pero será hasta pronto. Don Sancho, bajo vuestra custodia queda mi tesoro.

Como si quisiera salir más luego del dolor, parten los caballeros al galope. Atrás se queda Alvar Fáñez haciendo una última recomendación:

—Abad don Sancho, si veis venir más gentes para buscarnos, decidles que sigan el rastro y marchen a buen andar. Adiós. Hasta la vista.

—¡Que el cielo os depare suerte!

—Llevad nuestras bendiciones.

—Y llevaos también nuestras lágrimas.

—Adiós. Adiós.

Galopan los caballeros. El Cid va mirando hacia atrás. Doña Jimena agita una mano sobre la angustia. Aun sigue esa mano moviéndose en el aire de España. Aun se mueve en el poema. La hermosa mano blanca que parece volando detrás del héroe. ¿Vuela o bendice? Vuela y bendice.

¡La hermosa mano en el laúd del viento! ¡La mano blanca en el laúd de las separaciones! ¡La mano que seguirá tañendo en la ausencia y vibrando en el recuerdo!